

la ciudad latinoamericana y la lucha de los trabajadores

Dariamente, los medios de comunicación de masas hacen llegar hasta nosotros los ecos de enfrentamientos sociales que tienen como escenario a alguna de las grandes ciudades latinoamericanas. Su frecuencia y magnitud parece crecer en la medida que se profundiza la crisis económica generalizada que golpea a la región. El “ojo del ciclón” de la movilización social que otrora se localizaba en el campo, se ha desplazado a las calles de las grandes ciudades. Ello ocurre porque el acelerado proceso de urbanización que ha acompañado al desarrollo capitalista dependiente de nuestros países durante las últimas cinco décadas, concentra territorialmente las contradicciones económicas y políticas que le son propias, y genera otras nuevas en la forma físcosocial que produce: la ciudad. La crisis, esa enfermedad endémica y recurrente del capitalismo, agudiza hasta niveles dramáticos lo que la expansión ha generado.

1. Las ciudades, gigantes sin fronteras

Alimentadas por el crecimiento demográfico de la población ya urbanizada y, sobretudo, por la gran masa de inmigrantes campesinos expulsados del campo por el despojo, la miseria y el desempleo que genera la modernización capitalista de la producción agraria, las ciudades medianas y grandes han incrementado sin cesar su población.

La expansión física es más que proporcional a este crecimiento. Las ciudades devoran anualmente miles de hectáreas agrícolas que se transforman en fraccionamientos residenciales, zonas industriales y comerciales nuevas, clubes deportivos y lugares de recreación, residencias de fin de semana —simples apéndices de las ciudades—, hoteles de turismo de lujo o, en el extremo de la escala social, en colonias “irregulares” sin servicios, construidas penosamente por los sectores de trabajadores y

desempleados, en los intersticios dejados por la febril actividad del sector inmobiliario o los organismos estatales. Una parte minoritaria de la población urbana, los empresarios pequeños, medianos o grandes, industriales, comerciantes, banqueros, la alta burocracia estatal, gerentes, managers y profesionistas, etc., consumen para sus actividades económicas, su vivienda, su ocio y sus servicios, la parte mayoritaria de las áreas urbanizadas, dejando sólo una mínima parte de éstas a la mayoría de la población y a los servicios que utiliza.

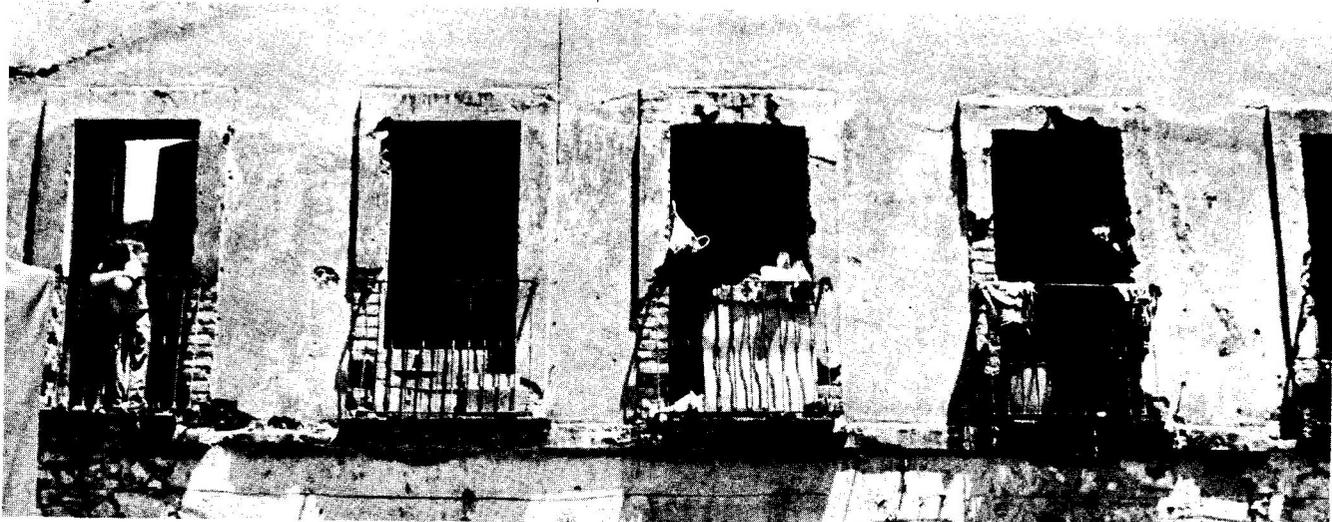
Al interior de esta expansión van quedando como reserva territorial miles de hectáreas baldías, lotes para “engorde” y estacionamientos, mediante las cuales sus propietarios podrán embolsar, sólo dejando correr el tiempo, las rentas territoriales generadas por el proceso social de crecimiento urbano. Sustentándose en el “derecho” a la propiedad privada del suelo, se despliegan sobre el territorio la anarquía y la irracionalidad del capital, transformadas en lógica urbana. Cada industrial, comerciante, banquero, constructor o fraccionador toma sus decisiones de localización y produce los inmuebles que requiere para sus actividades o para satisfacer sus deseos, en función de sus intereses individuales, sometiéndose solamente a los límites que le impone su capacidad económica o las leyes ciegas del mercado. Frente a ellos aparece impotente una planeación urbana carente de instrumentos jurídico-políticos y económicos reales, y, sobretudo, contradictorios por esencia al funcionamiento de la sociedad burguesa.

En su anárquica expansión, dispersiva y concentradora, las grandes ciudades absorben a las ciudades pequeñas y medianas, a las aldeas rurales; se enlazan las ciudades entre sí, formando una trama compleja y difusa, mal definida por los conceptos tenocráticos de “conurbación”, “área metropolitana”, “megalópolis”, etc. Las grandes redes de via-

lidad, transporte, comunicaciones, agua potable, energéticos, etc., producidas por el Estado para “satisfacer las necesidades del desarrollo”, se convierten en las ramas jóvenes del árbol, a lo largo de las cuales crecerán los nuevos retoños de la ciudad. Se borran las fronteras, se desbordan los límites administrativos tradicionales, creando conflictos de competencia que agudizan la impotencia de la planificación y la acción. Las leyendas se hacen así realidad sobre el territorio, en el cual van creciendo pulpos de múltiples cabezas cuyos centros neurálgicos son los rascacielos, que brotan con el impulso de la especulación con el suelo, los intereses del capital inmobiliario y la ideología de la grandeza simbólica hecha arquitectura.

populares que las ocuparon cuando el movimiento centrífugo de las clases dominantes en los años treinta y cuarenta las dejó libres para apropiarse de las ventajas relativas para la gestión, el comercio y la actividad del capital financiero y bancario; para que se beneficiaran de la gran concentración de infraestructura y servicios allí existente, y recuperaran las rentas del suelo acumuladas.

La inversión estatal en infraestructura y servicios urbanos, en los límites que le impone su capacidad de imposición fiscal a la mayoría de la población, sigue de cerca las tendencias centrífugas o centrípetas del capital en su conjunto, del inmobiliario y de los consumidores de altos ingresos. Todo ello con la justificación ideológica de mantener el



Fotografía de Emilio Pradilla y Magdalena Molina

2. Una realidad modelada por el capital

El capital es el gran artesano de la ciudad; sus códigos, las leyes contradictorias del desarrollo y la acumulación. Producida y reproducida al libre albedrío del capital, la ciudad se convierte en mercancía, cuya realización asegura su valorización. El capital usa a la gran aglomeración y sus ventajas económicas relativas como palanca de acumulación, a pesar de sus deseconomías. Aún en las peores coyunturas de crisis el Estado, sus políticas urbanas y su inversión acudirán como diligente bombero a paliarlas cuando se conviertan en barreras.

Los “usos del suelo” urbano van transformándose de acuerdo a los movimientos de los diferentes capitalistas para ganar la partida de ajedrez de la apropiación de las rentas del suelo y de las ventajas relativas de localización generadas históricamente por el conjunto de la sociedad urbana. Al tiempo que se construye la periferia, se reconstruyen las áreas centrales para expulsar de ellas a los sectores

desarrollo económico, la planta productiva o el empleo, es decir, el funcionamiento de la economía regida por el capital. Esta permanente producción de lo arquitectónico y lo urbano es lo que garantiza la acumulación del capital constructor, cada vez más concentrado monopólicamente, subordinado al capital bancario público o privado, y fuertemente dependiente de la inversión estatal en grandes obras urbanas.

Todo en la ciudad es una mercancía que se compra y se vende para garantizar las ganancias de los agentes capitalistas individuales. Las calles de los centros tradicionales son convertidas en ampliaciones públicas de negocios privados o mostradores y vitrinas de las mil y una maravillas de los modernos mercaderes. Las áreas verdes públicas, el cielo más limpio o menos contaminado, la vialidad fluida, construida por el Estado, etc., son motivos de publicidad comercial y pretextos para el incremento de precios y rentas de viviendas y locales. El penoso caminar de los peatones en las calles conges-

tionadas es una ventaja relativa para la ubicación de los centros comerciales y bancarios, manipulada por sus agentes mediante refinadas técnicas de mercadeo. En la otra cara de esa realidad, los vendedores ambulantes —el producto más genuino del capitalismo dependiente latinoamericano— que no tienen otro lugar para ganar su subsistencia que los parques y calles producidos colectivamente y aparentemente públicos, son hostigados, excluidos, perseguidos o extorsionados para mantener “el orden y la normalidad social”, de las cuales sólo son titulares y usufructuarios los empresarios.

Viviendas, servicios sociales e infraestructuras de los sectores mayoritarios de la población están, también, doblemente determinados por las leyes y los intereses del capital. Sólo accede a ellos quien es “demanda solvente” y garantiza, por tanto, las ganancias del capital. Sin embargo, habrá “libertad” para ubicarse en aquellos lugares que el capital deje libres a los dominados por poco rentables, carentes de infraestructura y servicios, por difícilmente adecuables o mal ubicados en relación con los valores económicos e ideológicos de los sectores sociales dominantes.

3. La gran depredadora de la naturaleza

La ciudad constituye hoy en día la mayor concentración de fuerzas destructoras de la naturaleza; esa guerra no declarada, siempre encubierta, del capital contra el medio ambiente, reduce día a día las perspectivas de vida de los trabajadores latinoamericanos, indefensos ante el avance de la barbarie y víctimas fundamentales de sus efectos.

Inmobiliarias, fraccionadoras y constructoras, que producen los soportes materiales para el funcionamiento del capital y sus agentes, y los organismos estatales, en su acción destruyen año con año miles de hectáreas de tierra agrícola y bosques, o van carcomiendo las escasas zonas verdes y parques intersticiales de lo urbanizado, convirtiéndolas en selvas de concreto, acero y vidrio, ríos de asfalto y playas de estacionamiento. Por ello, van alejándose y reduciéndose las fuentes naturales de renovación del aire, secándose las fuentes de agua, disminuyéndose la absorción natural de aguas lluvias y generándose causas nuevas de erosión.

La industria arroja al aire toneladas de gases y polvos contaminantes, que vienen a juntarse a las emanaciones tóxicas de los más acabados productos del capital transnacional: los grandes automóviles para el transporte individual cuyo número crece al impulso de los poderosos instrumentos de la publicidad, y los modernos medios de comunicación de masas. Las políticas estatales de vialidad y trans-

porte, que privilegian el transporte individual en relación al colectivo, apoyan objetivamente este proceso y a sus beneficiarios. Estas cámaras de gas que son nuestras ciudades matan o hieren año con año a miles de niños y adultos que padecen de enfermedades crónicas de las vías respiratorias.

Mares, ríos y mantos freáticos son masivamente contaminados por los insecticidas y yerbicidas usados indiscriminadamente por la agricultura capitalista, por los desechos líquidos de la industria y por los consumidores caseros de productos industriales no biodegradables o contaminantes. Transportados por los alimentos animales o vegetales, estas materias tóxicas regresan a los consumidores urbanos, convirtiéndose en parte de su propia carne.

La fantástica sinfonía de ruidos producida por fábricas, almacenes, talleres, medios de comunicación y productos de la industria automotriz, va destruyendo lentamente las capacidades auditivas de la población urbana.

Los envases de plástico y vidrio con que adoman o camuflan los empresarios sus productos y muchos otros objetos, como pañales desechables, juguetes plásticos, telas sintéticas, vidrios multicolores, indestructibles para la naturaleza van cubriéndola, esterilizándola, dejándola preparada para una futura arqueología del desperdicio y la ganancia burguesa.

Por la carencia crónica de servicios de drenaje los habitantes de los barrios populares están obligados a contaminar su propio habitat, arrojando sus desechos y aguas negras a las calles. Toneladas de basura, que dejan de recoger los ineficientes servicios públicos, se apilan en cañadas y baldíos, reproduciendo el ejército hamelinesco de roedores urbanos e infectando el medio ambiente. Las migajas de pan que el capital deja caer de su mesa de banquetes, convertidas en gasto “social” del Estado, son orientadas mayoritariamente a resolver las necesidades de la sociedad afluyente: en las colonias populares solo se hace lo mínimo necesario para mantener “la paz y el orden social” de la explotación.

Esta depredación acelerada de la naturaleza tiene como víctimas predilectas a los trabajadores, apisionados en los muros de la ciudad, incapaces económicamente de escapar de ella, y carentes de acceso a los servicios de salubridad y medicina social para prevenir sus causas o curar sus efectos. Ello ocurre en las narices de una justicia vendada, incapaz de hacer cumplir las leyes de protección del medio ambiente, cuyo laberinto jurídico ha sido construido para no afectar los intereses de los depredadores y que son por tanto, aún en su texto, ineficaces.

4. ¿Reino de libertad o reino de necesidad?

Para los campesinos sin tierra, expropiados, empobrecidos y expulsados por el desarrollo agrario, y para los trabajadores y desempleados de la ciudad, ésta aparecería como reino de libertad, como lugar de las posibilidades de empleo o subsistencia, como concentración de servicios sociales y culturales, de riquezas y mercaderías que observar y “gozar”, expuestas en los aparadores de los comercios o expresadas en las tores forradas de espejos de la banca, el



Fotografía de Emilio Pradilla y Magdalena Molina

comercio y la industria, en los grandes centros comerciales y los fraccionamientos residenciales de lujo, entrevistas al recorrer diariamente las calles en busca de la subsistencia. Pero para ellos esta libertad es sólo el espejismo de la riqueza que han producido para otros y que nunca podrán tener. La ciudad es para los trabajadores el reino de la necesidad.

El desempleo y subempleo afectan a más de la mitad de la fuerza de trabajo. La industria, el comercio, la banca, los servicios, el aparato estatal, no

necesitan de la enorme masa de trabajadores que se reproduce en las ciudades o que llega del campo; su desarrollo sigue los imperativos de la moderna acumulación capitalista y de la dependencia de la industria extranjera, productora de máquinas e instrumentos. Modernas maquinarias electrónicas, computarizadas, robotizadas, que requieren de muy poca mano de obra para su manejo, van reemplazando a los obreros, en la loca carrera del capital en pos de la plusvalía relativa. Cientos de miles de trabajadores subsisten en los intersticios de la sociedad “moderna”, gracias a los desperdicios, las sobras o las deformaciones de ella. Mendigos, boletos, prostitutas, ladronzuelos, guaruras, lanzafuegos, vendedores ambulantes, lavacoches, pepenadores, etc., son las categorías laborales que agruparían, en una estadística real, a las mayorías urbanas en Latinoamérica, y mediante las cuales subsisten en los límites biológicos. Colocados en esta situación por el capital aún le sirven: venden sus mercancías en todas las esquinas, saturan el mercado de trabajo haciendo caer los salarios reales de los trabajadores activos, sirven para romper sus huelgas, son la fuerza de trabajo de reserva para las fases de expansión, guardan su seguridad, divierten a sus agentes, etc. Débilmente organizados en sindicatos, o controlados por empresarios y Estado a través de la burocracia sindical, presionados por el enorme ejército industrial de reserva, reprimidos por los gobiernos dictatoriales, la minoría de trabajadores activos debe soportar niveles salariales y, por tanto, condiciones de vida próximos al pauperismo absoluto y largas jornadas laborales.

Desempleados y obreros activos carecen de ingresos regulares y suficientes de capacidad de ahorro, de estabilidad laboral y de alternativas para adquirir tierra y vivienda en el mercado capitalista, es decir, para garantizar las ganancias de terratenientes, fraccionadores, banqueros, constructores, productores de material, publicistas, y toda esa gama de empresarios que se sitúan en el sector inmobiliario. Sólo una mínima parte de los trabajadores activos, únicos derechohabientes de los organismos estatales, pueden acceder a la solidaridad de sus compañeros, que con sus cuotas salariales lo hacen posible, y que al mismo tiempo alimentan al conjunto del sector inmobiliario privado, contratista del Estado.

Para los trabajadores no hay alternativa para resolver su necesidad de vivienda: o hacinarse en una oscura vecindad, inestable, antihigiénica y sin servicios, al arbitrio de los casatenientes, cediéndoles entre un 25 y un 50% de sus ingresos; o emprender la aventura, peligrosa para sus vidas, de ocupar ilegalmente un predio urbano y enfrentarse a la represión, para iniciar el penoso proceso de la autocons-

trucción de viviendas, en el cual dejarán una parte considerable de sus fondos de subsistencia, invertirán muchas horas extras como ampliación de su jornada normal de trabajo y se desgastarán físicamente para producir una condición básica de subsistencia, que debería ser cubierta por los salarios pagados por sus empleadores.

Paradójicamente, esta “solución” forzada beneficia a los empresarios, pues el valor de la fuerza de trabajo expresada en el salario disminuye, y aumenta la ganancia a medida que la necesidad o las políticas estatales y de los organismos internacionales la generalizan como salida habitacional para la mayoría de los asalariados urbanos.

Justificándolo con la irregularidad de las colonias o con la escasez de los fondos públicos, el Estado niega la producción de la infraestructura básica (vialidad, transporte, drenaje, energía eléctrica, agua potable, recolección de basura) y de servicios de educación, salud y recreación para las colonias proletarias. Mientras millones de litros de agua son despilfarrados en albercas de recreo, riego de jardines, lavado de coches y fuentes ornamentales, las colonias populares compran el agua a piperos a precios elevados o tienen que transportarla por kilómetros. Paradójicamente, sufren de inundaciones en épocas de lluvia por falta de drenajes y sus calles son, alternativamente, lodazales o polvaredas.

Sólo una parte minoritaria de los trabajadores activos son derechohabientes de los insuficientes y saturados servicios de seguridad social; el resto únicamente tiene como alternativa para curar sus enfermedades la automedicación, la asistencia pública en los escasos hospitales de beneficencia, o la caridad privada; y aún en estos casos es víctima de los empresarios transnacionales del negocio de las medicinas. El analfabetismo total o funcional golpea a amplias capas de los asalariados como resultado de la insuficiencia de la educación pública, de su imposibilidad económica por seguir el programa educativo regular, o de la inutilidad del aprendizaje ante un trabajo descalificado; como producto, en síntesis, de una cultura burguesa monopolio de la élite y de unos medios de comunicación social que transmiten técnicamente su ideología y su publicidad alienante, haciendo inútil la alfabetización.

La recreación, mercantilizada, es consumo suntuario para los trabajadores. Museos, salas de concierto, bibliotecas y teatros, clubes y estadios, les son inaccesibles económica, cultural y socialmente. Las lujosas y sofisticadas instalaciones de las ciudades son patrimonio de la “gente culta”, de las capas de altos ingresos. Sus lugares de recreación son las sórdidas cantinas de barrio, los atestados y encogidos parques públicos, o la alienación de los medios

de comunicación social en sus viviendas. Para los empresarios del sector turismo, sólo constituyen fuerza de trabajo, objeto de consumo escénico y lejano —en lo que de belleza tiene la subsistencia en los barrios populares—, estorbo a remover y controlar. Para los trabajadores los fastuosos desarrollos turísticos, cuya arquitectura irracional destruye la naturaleza, apoyados decididamente por los gobiernos, poblados de turistas extranjeros, son únicamente el obscuro objeto del deseo que les recuerda cada día que el descanso y el placer son privilegios del dinero.

5. Una compleja maquinaria de destrucción de la fuerza de trabajo

Los teóricos han casi llegado a convencernos de que la ciudad es la “modernidad”, el “motor del desarrollo económico-social”, la “nueva fuerza productiva social”. Pero, como toda realidad social, ella tiene dos polos y dos verdades. Si para el capital la ciudad latinoamericana sigue garantizando, por encima de todas sus contradicciones, la reproducción del régimen económico y político capitalista, para los trabajadores se ha convertido en una fuerza destructiva.

La industria, urbana y urbanizadora por esencia, con sus condiciones técnicas de funcionamiento: la ausencia de seguridad en el trabajo y la carrera a la productividad, garantías de incremento de las ganancias, mata con guante blanco a los obreros en los accidentes de trabajo, los enferma por las altas temperaturas, gases tóxicos, polvos y humos industriales, los aliena mentalmente por la sujeción tayloriana a las cadenas de montaje cada vez más aceleradas y a la rutina de las operaciones mil veces repetidas. El obrero, esclavizado a la máquina-capital, es víctima de sus leyes inhumanas.

Enmarañado por cientos de miles de coches particulares —y de sus conductores enajenados, neurotizados, subjetivos—, alargado en el tiempo por múltiples cambios y transferencias determinadas por las cada vez mayores distancias que genera la anarquía urbana y por el diseño de rutas hecho en función de los intereses económicos de la patronal camionera, el transporte cotidiano de la vivienda al trabajo, al comercio y los servicios, consume tres o más horas diarias al trabajador y a cada miembro de su familia. Esta ampliación de la jornada de trabajo, que no es reconocida en el salario por los empleadores, reduce el tiempo disponible para el descanso y aumenta la tensión nerviosa y la exposición a las fuentes de contaminación. Al mismo tiempo, consume parte importante del salario y, por tanto, reduce otros consumos vitales. Con su dédalo de

autopistas, ejes viales y puentes elevados, diseñados para los Ford, Chevrolet, Volkswagen o Datsun, la ciudad excluye y oprime al peatón, convirtiéndolo en la víctima principal de los crecientes accidentes de tránsito.

Las actividades de subsistencia, realizadas en andenes y banquetas, plazas públicas, cruces de vías rápidas, en jornadas de trabajo interminables, sin protección climática, sin acceso a servicios, penosas físicamente, o directamente enfrentadas a la represión, causan un rápido proceso de desgaste y destrucción del trabajador. Para las mujeres, parte sustancial de estas actividades, que las realizan con sus hijos a cuestas, significan sólo una más de sus jornadas de trabajo; la otra vendrá al llegar a casa en la noche, para paliar las carencias de su hogar.

Las míseras condiciones de vida en la vivienda, la



Fotografía de Emilio Pradilla y Magdalena Molina

higiene precaria, la contaminación impuesta, la carencia de servicios, la desnutrición, la enfermedad, la energía, el tiempo extra destinado a autoconstruir, a cargar el agua en cubetas, a arrojar la basura, a obtener los consumos mínimos, a recorrer grandes distancias para acceder a la educación o los cuidados asistenciales, manifestaciones todas ellas del pauperismo absoluto y relativo impuesto por el capital nacional y extranjero para mantener la acumulación dependiente y tardía de capital, destruyen la fuerza de trabajo. El desempleo masivo, que coloca a la mayoría de los trabajadores frente a la imposibilidad de realizar actividades productivas, es también dilapidación de capacidad productiva social.

Todos estos fenómenos, típicamente “urbanos”

en la medida en que la ciudad concentra en América Latina lo fundamental de la actividad económica y política del capital, convierten a la ciudad en una máquina capitalista de destrucción de la fuerza de trabajo, de la fuerza productiva social fundamental. Si, parafraseando a los clásicos del siglo XIX, la naturaleza es la madre y el trabajo el padre de toda riqueza social, la ciudad capitalista destruye a sus progenitores. Sólo deja como irrisorio saldo positivo la concentración de máquinas, de técnica y de productos, muchos de ellos destructivos. La ciudad es hoy un factor de bloqueo del desarrollo de las fuerzas productivas sociales, por ello se hace imperativa su transformación para garantizar un futuro mejor. Pero esto será posible sólo si se transforman las relaciones sociales que le han dado origen y la han modelado, las relaciones capitalistas de producción sobre cuya base siempre renacerán las mismas ciudades.

6. La crisis agudiza lo que la expansión generó

La ciudad latinoamericana es el producto de más de cincuenta años de desarrollo capitalista dependiente, intermitentemente cruzados por fases de crisis. Las contradicciones señaladas no son el efecto de la debilidad de este desarrollo, sino el resultado de su pujanza, o más exactamente, las condiciones que lo han hecho posible. ¿Cómo, si no, explicar el fasto arquitectónico y urbano que cada día florece ante nuestros ojos? La “modernidad” expresada en autopistas, puentes elevados, torres de oficinas, hoteles y bancos, fraccionamientos de lujo, teatros y estadios, fuentes luminosas y palacios administrativos, sólo ha sido posible gracias a la acumulación capitalista que cabalga sobre la aguda explotación y la miseria de las masas trabajadoras.

Pero la época de las “vacas gordas” parece haber llegado a su fin. Para el mundo capitalista quedó atrás la etapa de expansión rápida que siguió a la Segunda Guerra Mundial, y desde mediados de los sesentas transita por un tobogán recesivo, de largo plazo, en el cual las fases depresivas, largas, frecuentes y profundas, son más fuertes que las cortas y superficiales de bonanza. La de ahora aparece como una de las más graves crisis de la posguerra, y en ella se debaten por igual los países imperialistas y los semicoloniales y dependientes, que reproducen con amplitud los movimientos de los centros económicos dominantes. América Latina no es una excepción; todos los países de la región manifiestan desigualmente sus efectos: caída de los precios y reducción de demanda de materias primas agrícolas y mineras y de las exportaciones manufactureras por el proteccionismo de los países avanzados; fuga

masiva de capitales en busca de las altas tasas de interés pagadas por la banca multinacional; crecimiento incesante de la masa de intereses a pagar como servicio de la fenomenal deuda externa con la que se alimentó la expansión; drástica reducción de la disponibilidad de divisas para importar maquinaria y materias primas para una industria dependiente y esencialmente maquiladora, y mercancías suntuarias para un comercio orientado a las capas de altos ingresos; altas tasas de interés bancario que frenan la reinversión productiva; degeneración especulativa, rentista y parasitaria de amplias capas de la burguesía y los terratenientes; brusca reducción de la inversión en todos los sectores de la actividad económica y caída de ésta; retracción violenta del mercado interno; altos déficits fiscales y reducción del gasto público; espiral inflacionaria galopante y caída brutal de los salarios reales; devaluaciones monetarias continuas y drásticas; incremento del desempleo rural y urbano; aceleración de las migraciones campo-ciudad; despidos masivos de obreros y empleados del sector privado y del público.

Para remontar la cuesta de la tasa de ganancias, el capital latinoamericano y sus Estados recurren desde hace más de una década a la fórmula burguesa clásica: hacer recaer todo el peso de la crisis sobre las espaldas de los trabajadores, mediante los “planes de austeridad” y sus componentes: a) topes salariales que colocan el crecimiento de los salarios muy por debajo del de los precios, reduciendo así el salario real y relativo y aumentando la tasa de explotación y las ganancias, y b) reorientación del gasto público hacia el crédito barato al capital y las inversiones ligadas al proceso productivo, reducción de la inversión y el gasto en infraestructura y servicios para consumo de los trabajadores, que son parte del salario obrero en su forma indirecta, incremento en todos los rubros de la tributación fiscal —impuestos directos a los salarios, mercantiles y al valor agregado, prediales, etc.— y reajuste constante de los precios de los servicios públicos, todo lo cual alimenta la espiral inflacionaria y reduce los salarios reales. En estas condiciones, la pauperización de los obreros en activo y de la creciente masa de desempleados es absoluta y constante.

Ese proceso real y las políticas estatales repercuten directamente en un deterioro creciente de las condiciones de vida de los trabajadores urbanos: incremento acelerado de los precios de mercado de la vivienda nueva en sus dos componentes: costos de producción y tasas de interés bancario, y acentuación de la retroacción de la industria privada de la construcción hacia el sector de vivienda de lujo; reducción de las limitadas acciones de los organismos estatales de vivienda y servicios, y crecimiento

rápido de sus costos al ser contratada con los constructores privados; elevación paralela y a veces más que proporcional de los alquileres de las viviendas en renta; incremento de los precios del suelo al ritmo del de las tasas de interés y la inflación; defensa cerrada y represiva por parte del Estado de la tierra urbana así valorizada y, por tanto, cierre de la alternativa de ocupación ilegal para resolver las necesidades de vivienda. El resultado comprobado es la generalización en todas las colonias populares de una forma infrahumana de habitat, hacinado y promiscuo, convirtiendo así las ciudades en un enorme tugurio.

La política sobre el gasto público y la “rentabilización” de las empresas públicas golpea doblemente las condiciones de vida de la mayoría. De un lado, su reducción congela la ampliación de la infraestructura vial, de drenaje, agua potable, energía eléctrica, etc., necesaria para al menos no dejar crecer los impresionantes déficits, y/o la reducción de la calidad de los existentes; de otro, se elevan sus precios, disminuyendo las ya limitadas posibilidades de acceso a sus consumos.

La reducción de los ingresos reales y el incremento incesante del desempleo producen dos fenómenos íntimamente relacionados: por millares los desempleados se lanzan a las calles a buscar la subsistencia mediante la venta de cualquier cosa, la diversión de transeuntes, tratando de vivir del consumo restringido de sus hermanos de clase o de la caridad pública de las capas altas; al mismo tiempo, ante la imposibilidad de subsistir por otro medio, se desarrolla el robo callejero, la pequeña delincuencia, la inseguridad ciudadana. En el otro extremo de la escala social, la burguesía responde a la inseguridad que ha creado mediante la conformación de guardias privadas o, mejor aún, fugándose con sus capitales hacia los centros del imperio capitalista.

El hambre exacerbada y la enfermedad atacan a los más débiles, una y otra diezman a los hijos de los trabajadores; la mendicidad se acentúa, las imágenes apocalípticas de la India o Biafra están ahora a la vuelta de la esquina.

7. La lucha diaria por la subsistencia

En ese marco estructural y coyuntural las múltiples formas de lucha de los trabajadores se convierten en una necesidad de supervivencia, tanto histórica, de clase, como subjetiva, individual.

Desde los orígenes del capitalismo como régimen social basado en la explotación y la opresión de los trabajadores, éstos han tenido que enfrentarse al capital para sobrevivir, para mejorar las condiciones

de venta de su fuerza de trabajo, para conquistar el derecho democrático a organizarse gremialmente, para arrancar a la burguesía aquellas libertades políticas que pregonan como propias de su régimen pero que no aceptan sino para sí —y cuando garantizan sus intereses—, o para transformar la sociedad y liberarse de la explotación y la opresión en una sociedad que sea la suya, gobernada por ellos mismos, según su propia democracia. Nuestra América necesariamente repite esta historia en sus particularidades. La ciudad capitalista latinoamericana concentra todas estas luchas, y todas ellas, a su vez, tienen implicaciones, se expresan sobre lo urbano; en ese sentido, son luchas urbanas.

Los trabajadores sindicalizados, al luchar por mejores salarios o por mantener al menos los míseros del pasado, buscan con ellos acceder a todos los medios de subsistencia que constituyen el valor de su fuerza de trabajo: vivienda, servicios infraestructurales y sociales, salud, educación, alimentación, recreación, ya sea por la vía del salario directo o por la indirecta de los gastos públicos del Estado.

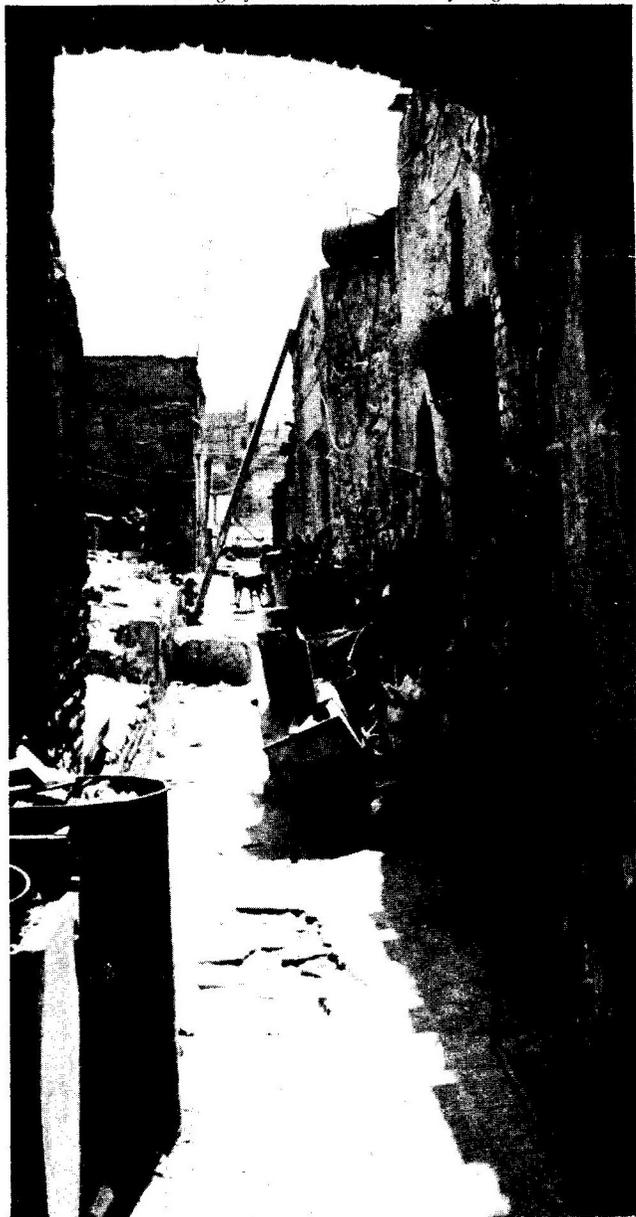
Esta lucha y todas sus manifestaciones se da en las ciudades y modifica, en los límites del sistema, a la ciudad misma o, al menos, su escena diaria, su funcionamiento burgués “normal”, entrabado por las movilizaciones, mítines, etc. Lucha por la estabilidad en el empleo, que implica ser “sujeto de crédito” y “derechohabiente” de los organismos estatales de vivienda y seguridad social; por la seguridad personal en el trabajo y contra la destrucción de su fuerza de trabajo; por escuelas, guarderías, transporte o subsidios para él; por reducción de la jornada de trabajo y, por tanto, aumento del tiempo para recreación y acceso a otros servicios urbanos; contra el desempleo y por el seguro de desempleo, decir, contra el pauperismo absoluto y la obligatoriedad de las actividades de subsistencia callejeras; por el derecho al mínimo vital de subsistencia y consumo en la ciudad.

Los límites antidemocráticos impuestos por los regímenes políticos latinoamericanos a la organización gremial, el control de la existente por el Estado y la burocracia sindical, el gran número de trabajadores excluidos del sindicalismo por su situación de desempleo, y el que capas sociales como las mujeres, los homosexuales, los estudiantes, luchan por reivindicaciones que les son propias, han hecho florecer importantes movimientos que, de una u otra forma, pasan por lo urbano al enfrentarse a la opresión y explotación capitalista.

La mujer, en su lucha contra la doble explotación en el hogar y el trabajo, reivindica guarderías, escuelas maternas, tiempo libre para cuidar a sus hijos; pero, sobre todo, dignidad e igualdad real de

posibilidades económicas y sociales con los hombres. Las asociaciones deportivas exigen mejores espacios físicos y equipamiento para su actividad reproductora de fuerza de trabajo. Los grupos ecologistas luchan contra la destrucción del medio ambiente por la sociedad y la ciudad capitalista —aunque muchas veces alienados por la profusamente divulgada ideología ecologista burguesa que oculta sus orígenes de clase. Finalmente, los movimientos de colonos e inquilinos pobres en los cuales los trabajadores activos, el ejército de reserva y sus mujeres y niños, luchan por el derecho mínimo a la vida y sus condiciones primarias: tierra, vivienda, agua potable, drenaje para evacuar sus desechos, servicios mínimos de salud, educación y recreación, recolec-

Fotografía de Emilio Pradilla y Magdalena Molina



ción de basura, vialidad y transporte.

Frente a estos movimientos, de carácter económico, se levanta el Estado capitalista que, para garantizar el mantenimiento normal de la acumulación, o la salida de sus baches profundos, limita drásticamente, a veces mediante la violencia más exacerbada, toda forma de organización democrática susceptible de manifestarse en acción contra el "orden de la acumulación capitalista" y las sella con la marca de la lucha política democrática o revolucionaria en la medida que, concientes sus protagonistas de la imposibilidad de conquistar las reivindicaciones en los límites del régimen capitalista y sus leyes férreas, descubren que para lograr lo mínimo es necesario plantearse lo máximo, es decir, la transformación global de la sociedad y con ella la ciudad que ha producido.

En Latinoamérica estos movimientos indican que hasta aquello que es necesario para que el trabajador pueda sudar normalmente plusvalía para el capital hay que conseguirlo con la lucha, pues éste, no está dispuesto a sacrificar nada de sus ganancias, ni siquiera para garantizar su incremento futuro.

En los eslabones débiles de la cadena de la dominación semicolonial del imperialismo, los países centroamericanos —donde la explotación absoluta

y la opresión política salvaje son las condiciones históricas de la acumulación—, los trabajadores de campo y ciudad —organizados en sindicatos, asociaciones campesinas de colonos e inquilinos, movimientos de mujeres o estudiantiles, etc.—, han borrado sus límites sectoriales para fundirse en un movimiento político que lucha por conquistar lo máximo: transformar económica y políticamente la sociedad, para lograr lo mínimo: abrir las puertas a la solución de las condiciones de subsistencia para ellos y sus hijos, y a través de la transformación de toda la sociedad, poder empezar a transformar las ciudades, de máquinas de destrucción de la naturaleza y los hombres, en instrumentos y soportes de un proceso de liberación de sus cadenas ancestrales de explotación económica y opresión social y política. 

Emilio Pradilla Cobos. Estudió Arquitectura en la Universidad Nacional de Colombia. Es doctor en Economía del Desarrollo por la Universidad de París. Entre sus libros están: *Estructura de clases y políticas urbanas en América Latina* (Ediciones SIAP, Buenos Aires, 1974) y la compilación *Ensayos sobre el problema de la vivienda en América Latina* (UAM Xochimilco, 1982).

Vuelta Vuelta Vuelta Vuelta Vuelta Vuelta Vuelta

Vuelta Vuelta Vuelta Vuelta Vuelta Vuelta Vuelta

Vuelta Vuelta Vuelta Vuelta Vuelta Vuelta Vuelta

Vuelta

REVISTA MENSUAL

Director: Octavio Paz

Consejo de Redacción: Julieta Campos, José de la Colina, Salvador Elizondo, Juan García Ponce, Ulalume González de León, Alejandro Rossi, Tomás Segovia, Gabriel Zaid.

Subdirector: Enrique Krauze

**OFICINAS: LEONARDO DA VINCI 17 BIS COL. MIXCOAC DELEG. BENITO JUAREZ
03910 MEXICO, D. F. TELEFONOS 563 84 29 y 598 57 43**

Vuelta Vuelta Vuelta Vuelta Vuelta Vuelta Vuelta